

El surgimiento de los soviets.



Lev Trotsky.

A partir del 1 de octubre, en Rusia, una institución se erigió en modelo a seguir para todo tipo de acción revolucionaria: el *soviet*. Este prototipo de consejo de poder, organizado y dirigido por los elementos en protesta (mencheviques, bolcheviques, socialrevolucionarios...), estaría llamado a tener un gran futuro.

En el otoño de ese año, el vacío de poder que se manifestaba en Rusia posibilitó la inmediata organización de *soviets* obreros en todas las ciudades que contaban con suficientes trabajadores. Aunque se suele señalar el formado en la capital como modelo de todos los demás, la ciudad industrial de Ivanovo-Voznesensk reclama con toda justicia el honor de haber constituido el primero de la serie.

Rápidamente, Moscú se sumó al movimiento soviético, decidido a reconducir la situación en beneficio de posiciones abiertamente revolucionarias. Unas posiciones, por otra parte, agudizadas tras la inmediata derrota ante Japón en la lejana guerra asiática. De esta forma, la población trabajadora eligió *soviets* de diputados obreros como válidos sustitutos de unos poderes absolutamente débiles.

El *soviet* de San Petersburgo (Petrogrado), autocalificado al principio *comité unificado de huelga*, terminó convirtiéndose en una nueva forma de poder revolucionario. A lo largo de 50 jornadas, este consejo consiguió una significativa proporción de voluntades de apoyo.

Alcanzó así, en sus momentos de mayor auge, la representación de 550 delegados como cuerpo compromisario de actuación en nombre de una cifra total de elementos obreros que superaba el cuarto de millón. **León Trotsky**, primero como vicepresidente del mismo y en seguida como primer dirigente, fue alma de este *soviet* en su breve pero intensa actuación.

Bajo la dirección de este intelectual revolucionario, el *soviet* de la capital actuó en el plano legislativo de forma práctica. Instauró las libertades de prensa y asociación, la obligatoriedad de la jornada de ocho horas, el control directo de las imprentas existentes, las comunicaciones y los transportes. Finalmente, montó su propio órgano de prensa, el diario *Izvestia*, como elemento imprescindible de contacto y comunicación de posiciones no siempre acordes entre sí debido a la realidad impuesta.

Muy pronto, el poder efectivo en el interior de todos los *soviets* quedó en manos de los respectivos **comités ejecutivos**, dominados en la mayoría de los casos por una de las dos facciones en que se dividía la escindida socialdemocracia (mencheviques y bolcheviques). Las autoridades oficiales en ningún momento dejaron de perseguir elementos izquierdistas. Sin embargo, permitieron cierta libertad a estos *soviets*, vertebradores del poder obrero.

Estos *soviets* estarían llamados a tener un gran protagonismo en 1917 y después.

Si la insurrección y la huelga actuaban por doquier, los movimientos que se registraban en las comunidades no rusas del Imperio terminaron por causar mayor inquietud a las desbordadas autoridades. Georgianos, ucranianos, polacos, judíos, bálticos, etcétera, aportaron sus aspiraciones particularistas a la general situación de desorden y reivindicación. Llegado el otoño, estas actuaciones de carácter nacional alcanzaron -al imbricarse en ellas además exigencias de índole social- mayor impacto que las mismas actitudes esencialmente laborales y revolucionarias.